

LA ÉTICA VA AL COLEGIO

Fernando SAVATER

Et moi je dis: —Seigneur! votre règle est austère!
Seigneur! vous avez mis partout un noir mystère,
Dans l'homme et dans l'amour, dans l'arbre et dans l'oiseau,
Et jusque dans ce lait que réclame un berceau,
Ambrosie et poison, doux miel, liqueur amère,
Fait pot nourrir l'enfant ou pour tuer la mère!

(Victor HUGO. *Fiat Voluntas*)

Los designios de la administración son por lo menos tan impenetrables como los divinos y en ocasiones bastante más. No es fácil para un simple mortal averiguar qué movió a los gestores educativos a incluir en los planes de estudio una asignatura de ética como alternativa a la de religión. ¿Qué se pretende brindando semejante opción? ¿Se sugiere acaso que hay que elegir entre ser religioso o ético, tal como sostuvo en su día León Chestov? ¿O se indica que la ética es la religión del laico? Situado en tan paradójica bifurcación, el adolescente debe decidirse por uno u otro camino, como el protagonista de alguno de esos cuadros barrocos a los que tintentan simultánea y contradictoriamente la Virtud y el Vicio, el Placer y el Trabajo. Mientras tanto, el cura que da clases de religión y el profesor de ética deben contemplarse uno a otro fieramente, como Don Camilo y Peppone en una de las novelas de Guareschi. Por fortuna, en la mayoría de los casos los dilemas aparentemente más insolubles se resuelven en una discreta y ambigua síntesis: los vicios privados son virtudes públicas, el trabajo puede ser placentero y el placer laborioso, Peppone es más o menos cómplice de Don Camilo y la religión y la ética de nuestro bachillerato vienen a ser lo mismo; incluso a veces están administradas por el mismo clérigo. Nuestro adolescente no permanecerá perplejo mucho tiempo y pronto se inclinará por cualquier cosa, con tal de que no le den mucho la lata.

Antes, las llamadas *tres Marías* eran la religión, la gimnasia y la Formación del Espíritu Nacional, asignatura mussoliniana con nombre digno de un Fichte algo devaluado. Cuando esta última había felizmente perecido, viene la ética a completar de nuevo el trío, aunque a título operativo: se renuncia de momento a formar un espíritu nacional y se acomete la Formación del Espíritu Moral de los hombrecitos. ¡De Fichte a Schiller! Ya nos vamos aproximando a Hegel, que es en quien inevitablemente acabará por desembocar todo esto... Pero veamos un poco más de cerca qué tenían las antiguas tres Marías en común,

aparte del casi universal menosprecio con el que eran contempladas, fruto de su condición venial, pues nadie jamás habría de repetir curso a causa de ellas. En primer lugar, eran campo adecuado para el lucimiento tangencial de alumnos minusválidos para otras facetas del saber. El piadoso y algo memo destacaba en el relato del martirio de los Macabeos; el deportista negado para las matemáticas o el latín, triunfaba sobre ese plintón en el que otros tan vergonzosamente nos estrellábamos; incluso había jóvenes joseantonianos, hoy meritorios tribunos del pueblo en su mayoría, que a falta de otras habilidades más trascendentales se habían adueñado del panegírico de la Familia, el Municipio y el Sindicato. Brindaban así las Marías consuelo a algunos de sus restantes deficiencias escolares y eran así Marías Magdalenas y hoy magdalenas proustianas en el recuerdo... Por otra parte, compartían ese trío de calaveras sonrientes la cualidad de ser fundamentalmente *disciplinarias*, es decir, se practicaba en ellas más la voz de mando que el razonamiento lógico o incluso que la pura y desprejuiciada información (en honor de la verdad debo añadir que estas dos cualidades no solían imponerse tampoco de manera abrumadora en ninguna de las demás asignaturas). Los educandos tropezábamos en cada una de ellas con un primer atisbo de lo indiscutible y se nos propinaban esbozos portátiles de esos grandes dogmas míticos contra cuya opinable inopinabilidad estamos todos destinados a partirnos los cuernos durante el resto de la vida: el trasfondo sagrado de la existencia, las imposiciones del Estado y la colectividad, las exigencias del cuerpo bien adiestrado para nuestras principales obligaciones físicas —la guerra y el sexo—, etc... Esas materias, aligeradas de aparatosas consecuencias académicas, nos remitían sin apenas notarlo a lo más grave de lo que nos esperaba, a los requisitos ideológicos y musculares de nuestras principales obligaciones como miembros de un mundo ya definitivamente consolidado antes de nuestra llegada.

Por lo visto, la ética va a formar parte de esta

cohorte un tanto desvaída y sin embargo rígidamente ordenancista. Ya habrá estudiantes mediocres que compensen sus heridas narcisistas triunfando inesperadamente en debates parvulares sobre el aborto o la despenalización de la droga. Nada hay que objetar a estos discretos remiendos. Pero lo que me parece más grave es que muchos empezarán a asimilar la ética a uno de esos conjuntos de obligaciones para los que asignaturas semejantes nos han predispuesto. En una palabra, los chicos verán en esta última María tardíamente incorporada al grupo, como D'Artagnan a los tres mosqueteros, otro rostro de lo necesario y de lo establecido, no el palpitar de lo libre. Se me dirá que depende de cómo se enfoque la asignatura, pero pienso que este defecto se sigue irremediablemente de la posición misma que la ética va a ocupar en el plan de estudios. La dificultad de la ética, para precisar más, es que en cuanto recibe un contenido doctrinal cualquiera pierde su carácter de examen de la voluntad libre y se convierte en *código*. No digo que los códigos y su estudio carezcan de interés, no digo incluso que no sea oportuno familiarizar a los adolescentes con ellos, pero preferiría que el nombre de «ética» se reservase para otra cosa. Si no lo degradamos demasiado, puede sernos útil más tarde como indicador de búsquedas menos domesticadas...

Tres malentendidos esenciales me parece que derivan de la inclusión de la ética como asignatura optativa en el bachillerato. El primero y más grave es el de su propio carácter de alternativa frente a la religión; el segundo concierne a los contenidos que se proponen en la asignatura; el tercero se refiere a las personas capacitadas o destinadas a impartirla.

Concebir a la ética como una especie de hermana gemela de la religión, algo así como la Marta de las Marías, es dar por hecho que su consistencia fundamental estriba en el *adoctrinamiento*. Y aún peor, que tal adoctrinamiento ni siquiera es convencional (toda convención, por su dimensión de invento humano, tiene un parentesco con la libertad creadora), sino que enlaza más bien con lo que es y no puede dejar de ser como es, con la Ley Natural, la Naturaleza Humana o cualquier otro rostro disimulado de la presencia dentro de nosotros de la voluntad divina. Parece decirse: «Joven, puesto que no vas a tener religión, ten por lo menos ética. Pues te-

niendo ética tendrás ya lo que más nos interesa recomendarte de la religión e incluso te hallarás en vías de tu conversión definitiva...». Lo que más puede perjudicar a la ética, lo que más puede degradarla intuitivamente en el aprecio de quienes se acercan por vez primera a sus planteamientos, es la insinuación de que tiene algo que ver con «cosas de curas». Pues cualquier chico normal tiene un movimiento instintivo de repulsión ante todo lo que huele a clérigo, salvo que sueñe él mismo con convertirse en clérigo, caso en el que elegiría con toda probabilidad la asignatura de religión. Pero tampoco es sano que nadie busque en la ética el remedio contra la fe y sus administradores terrenales, aunque no sea más que por aquello de que los enemigos siempre acaban pareciéndose y su oposición en la liza debe configurarles rasgos comunes. La ética no tiene nada que ver con la Iglesia ni tampoco con la Anti-Iglesia; está —o debe estar— a la misma distancia de la fe que la física o la lógica. Si lo que se busca es una opción a la historia sagrada, ¿por qué no incluir entre las Marías unas nociones elementales de psicoanálisis o de antropología? Es decir, si la asignatura propuesta frente a la de religión debe tener alguna función, será la de explicar los fenómenos religiosos pero desde otro ángulo: versará sobre lo mismo pero tratado de modo radicalmente diverso. De este modo se cumplirá el objetivo pedagógico de preparar al joven para su inserción en una sociedad con fuerte presencia aún de creencias sacras, de cultos y de tradición cristiana, pues tan útil preparación es disponerle para el acatamiento y la ilustrada reverencia como señalarle las vías de una desmitificación crítica. El psicoanálisis, la antropología cultural y, en cierta medida, también la sociología, tratan el hecho religioso a su propio aire, quizá irreverente pero no necesariamente impío. Son, pues, una alternativa razonable a la formación religiosa oficial. Pero la ética no se plantea el hecho religioso (ni su vivencia, simbolización, etc...) en modo alguno, por lo que proponerla como opción sólo sirve para desfigurar su sentido propio y, de paso, garantizar la intangibilidad prestigiosa de los dogmas.

¿Qué contenidos van a ofrecerse en la ética y quiénes serán encargados de enseñarla? Del malentendido anterior derivan los subsiguientes. O bien se profesarán nociones más o menos rudimentarias de teología moral escolástica si el en-

cargado de la asignatura es un clérigo (¿por qué tienen que enseñar los curas también ética, además de dar siempre la religión?, ¿por qué no se les pone al frente de la clase de gimnasia? Después de todo, su habilidad de dar audaces saltos cayendo siempre de pie es de sobra conocida...), o bien se hablará un poco de todo si el profesor encargado es un cura «progre» o un laico obligado a completar sus horas lectivas con algo que no le lleve mucho trabajo. Aparecerán así los temas más «fuertes» y las cuestiones periodísticas de actualidad, el aborto, la droga, la guerra nuclear, el terrorismo, las relaciones sexuales pre o postmatrimoniales; yo qué sé... cualquier cosa. No digo que ese rato no pueda ser beneficioso para los alumnos, sobre todo si tropiezan con un profesor más dispuesto a dejarles hablar a ellos que a discursarles él mismo. Pero de nuevo hay que insistir en que nada de esto —ni la teología moral ni las lecciones de cosas actuales— es ética y que se vicia el posible estudio futuro de esta rama de la filosofía asociándola a parentescos dudosos o temas que en el fondo encubren una vocación de hipnosis ideológica. La inclusión de la

ética en el bachillerato, a fin de cuentas, no tiene otra justificación que completar las horas de los alumnos que no deseen estudiar religión. Lo normal sería que esta última fuese suprimida en cuanto asignatura de todo centro oficial y se conservase exclusivamente en los colegios privados clericales, sin necesidad de establecer frente a ella ninguna falsa alternativa para los que no desearan cursarla¹. Supongo que esto crearía cierto problema laboral a algunos curas, pero en otras peores se han visto. La situación actual, según la cual el mismo clérigo y la misma religión aparecen ora con su nombre propio ora bajo el disfraz de ética, me recuerda aquel viejo chiste de Ramón publicado con motivo de algún referéndum franquista; el orador pregunta desde la tribuna a la masa: «¡Somos nosotros o el caos! ¿Qué prefería?»; el pueblo grita: «¡El caos, el caos!». Y el tribuno dogmático concluye: «Da igual, ¡también somos nosotros!».

¹ Finalmente, parece que ésta va a ser la solución consagrada en las nuevas ordenanzas.